



Las últimas semanas han sido testigo de acontecimientos que conmovieron al mundo. El desenlace pacífico de la ocupación de la embajada dominicana en Colombia mediante prolongadas negociaciones que permitieron a los guerrilleros ocupantes su traslado a Cuba y a los diplomáticos su libertad. El intento frustrado de los Estados Unidos para rescatar a los rehenes norteamericanos atrapados en la embajada en Teherán. La presencia de diez mil cubanos que invaden la embajada de Perú en la Habana en

solicitud de asilo y las negociaciones entre gobiernos para distribuirlos en varios países del mundo.

Sobre este último acontecimiento —el asilo en una embajada— se dan las más encontradas interpretaciones. Hay quienes afirman que el gobierno cubano promovió el incidente para distribuir espías en varios países del mundo. Ciencia ficción de la CIA, pero al revés. Otros aseguran que la invasión masiva de la embajada peruana favorece al gobierno al permitirle una operación limpieza que lo libera de la carga implicada en el descontento de los discrepantes.

Más allá de esas interpretaciones hay datos humanos que provocan azoro y desconcierto. Para los profanos en el rococó del derecho internacional su origen remonta siglos y ha permitido en el laberinto de la geografía la sobrevivencia de hombres a la crueldad de la persecución. En la década de los cuarentas el asilo del Cardenal Mindzenti en la embajada norteamericana de Hungría fue un dato conmovedor. Hombre rebelde se enfrentó en protesta al hecho consumado de la patria entregada como botín de guerra. Perseguido, calumniado, sujeto a proceso, un día busca en el asilo protección a la persecución, a la tortura o a la muerte. Y allí permanece durante décadas. Terco, silencioso, resistente a la negociación liberadora. Testigo y testimonio de la protesta. Muchos años después la diplomacia vaticana lo rescata. Y al mundo occidental vuelve un hombre viejo, acabado, destruido. Ceniza que recuerda un incendio; voz distante, grito aniquilado, despojo de historia irreversible.

Recientemente Cámpora se refugia en la embajada de México en Buenos Aires. Y allí permanece durante varios años. Sobreviviente del peronismo, en la gloria y en el ocaso del hombre y del movimiento, el asilo le permite escapar a la persecución y a la revancha de los militares en el poder. La dictadura militar lo libera en la certidumbre de la enfermedad irreversible, no en la generosidad del perdón. Si técnicamente está muerto que se vaya. La agonía destruye la posibilidad del riesgo implicado en la conspiración o en el regreso.

Y así la historia salpicada de incidentes, recoge la presencia de hombres grandes o pequeños, todos en el denominador común del drama vital, insurgencia, protesta, inconformidad, que en el asilo encuentran salvación a la vida y posibilidades de recomenzar.

En cuanto a número el incidente reciente en la embajada peruana en Cuba desborda todos los precedentes. En esta ocasión la solicitud del asilo fue masiva. En las noticias contradictorias el número oscila entre cinco mil y diez mil.

En la perspectiva interior, Cuba y su gobierno reaccionan en violencia contra los hombres que en el asilo buscan la salida; los llaman “escoria, gusanos”.

En reacción defensiva se organiza un desfile millonario para apoyar al gobierno y repudiar a los disidentes. Sobre la autenticidad de esos desfiles en México existen datos suficientes para el cuestionamiento. Un botón de muestra basta. Después de la matanza del Jueves de Corpus el gobierno se organiza su manifestación de apoyo. La asistencia desborda a la capacidad del Zócalo. Pero no dejó huella. Los muertos enterraron a los muertos. Investigación y justicia se quedaron en el esfumino de la promesa mentirosa. El millón de hombres en el Zócalo ni sumó ni restó popularidad o fuerza al hombre o al sistema. Porque no fue presencia activa de insurgencia o de búsqueda. Fueron “extras” para el rodaje de una película sobre el escenario de cartón.

Resulta injusto por intencionado y por simplista el adjetivo de “escoria y gusanos” aplicado a los hombres que a través del derecho de asilo buscan salida al drama de la inconformidad. A partir de la negociación diplomática inician la peregrinación amarga del exilio. Atrás, la patria sin regreso y sin recobro. ♦

Delante, el misterio de la vida reconstruida en tierra hostil y ajena; renacer y recomenzar desde la frágil tienda de campaña que brinda cobijo provisional. Mientras se encuentra un lugar para reconstruir el destino y la vida. Tal vez la libertad soñada se vuelve ceniza amarga en la desilusión la discriminación, del “apartheid” de la crueldad. Y otra vez el primitivismo en la perspectiva de la militancia. Arco tenso de odios; héroes en la solidaridad de la convicción ideológica; gusanos, en la discrepancia. Sin la comprensión de los matices intermedios que perfilan el drama vital: hombres lanzados al viento; vida que reempieza sin amor y sin ternura, arrullada por la canción de cuna de la ilusión y de la esperanza.

En el derecho de asilo siempre el denominador común: “que se vayan”; la salida de los descontentos como higiene política. Más allá del signo —derecha o izquierda— el nudo y la trampa que aniquila al hombre y lo envuelve en las sombras. Si “permanece con los pies juntos sobre el suelo sagrado” en la manifestación de la insurgencia discrepante, la respuesta es persecución, cárcel, garrote vil, paredón, trabajo forzado, campo de concentración, tortura, o desaparición. Si se va, el abandono de las cunas y las tumbas, de la sangre que ata y diluye el origen en el misterio de siglos transcurridos; la nostalgia como dolor, cadena, remordimiento. La fraternidad de la historia y de la convivencia rota en el rencor y en la pasión. En fin, la vida, la tradición, la historia, el recuerdo, puente y camino dinamitados en un instante. Todo esto y mucho más en el drama del exiliado. Todo esto y mucho más para rechazar —más allá del signo— por injusto, el odio inhumano contenido en el adjetivo de “gusano”.

Tal vez la diferencia esencial entre dictadura y democracia resida en la libertad del hombre para “irse” o “permanecer” sobre la tierra que arrulló esperanzada la cuna o cubrió piadosa la tumba. La libertad para discrepar en diálogo abierto que conjuga ira o pasión, compresión o ternura, tensa la hebra en la convicción insurgente pero jamás rota por el odio entre hermanos o por la insolencia en el ejercicio del poder. En las dictaduras, la manifestación tumultuaria, gritería tripulada, mentirosa, vacía, forzada. En las democracias, la frase de Churchill: “en el fondo de todos los elogios tributados a la democracia se halla el ciudadano corriente que penetra al cuarto aislado lápiz en mano y traza una cruz sobre una papeleta; no hay retórica ni razonamientos sofisticados capaces de restar importancia a este acto trascendente de la vida ciudadana”

Frente al grito insolente, rencoroso, revanchista, “que se vayan”, la afirmación humana, fraterna, vital: “que permanezcan” para construir en la aventura fascinante del plural el techo fraterno que a todos cobija.